

A UN ALBATROS.

Ave, que huyendo del calor del nido,
 Con ala poderosa y firme planta
 Caminas bajo el arco, que levanta
 A tu valor el ponto enfurecido,

Los silbos del ciclón y tu chirrido
 Se mezclan, á abrazarte se adelanta
 La espuma, y en tu pecho se quebranta
 La ola, que rompe al bergantín fornido.

A la muerte tú miras de soslayo;
 Es tu juego de la onda la perfidia,
 Tu amor la tempestad, tu luz el rayo.

Por eso mi alma, que sin tregua lidia,
 Cuando en los mares del vivir desmayo,
 Pájaro luchador ¡cómo te envidia!

AGUA DORMIDA.

(A NILA.)

Mira esa alberca de redor galano,
 De lotos y nenúfares ceñida.
 ¡Qué diáfana, qué azul y qué dormida
 Miente que está su fondo muy cercano!
 Te parece al alcance de tu mano
 Y al baño fácil y al placer convida;

Mas no te arrojes ¡ay! si quieres vida,
 Que tiene el seno deleznable y vano.

Así el amor, que de los quince abriles
 En el linde risueño se aparece
 ¡Qué dones aparenta más gentiles!

Y en esa red, que cariñoso ofrece,
 En ondas de oro, diáfanas, sutiles,
 La muerte bien oculta se guarece.

AMOR SIN ESPERANZA.

(A UNA NIÑA QUE PADECIA ESTE AFECTO.)

I

Despierta, jovencilla prisionera,
 Despierta, que ha llamado la mañana,
 De nuevas esperanzas mensajera,
 Con sus alas de luz á tu ventana.

Quizá traigan las horas de este día
 Algo de lo que buscas, lo que lloras:
 Levántate y aguarda, niña mía,
 Que limosna de amor te den las horas.

¡Eras tan rica ayer! De la inocencia
 Sobre los puros lises recostada
 Descansabas feliz, con la opulencia
 De quien no busca amar, ni ser amada.

Y un naufrago del mundo, tu verdugo,
 Te contó del país de las quimeras
 Cuantos ensueños inventar le plugo;
 Y ¡cuán otra eres ya de lo que eras!

Ha mucho tiempo que el amor mendigas,
Y en la mano, que tiendes y que bajas,
No te ponen las horas enemigas
Ni del amor las últimas migajas.

Huyó de tí con presuroso vuelo
Ya de ilusiones el dorado enjambre,
Y viendo torva al inclemente cielo,
¡Ay! te preparas á morir de hambre.

II

Avecilla cautiva entre las zarzas
Que te encarcelan con ramaje denso,
¡Quién eres tú, la de pupilas garzas,
Que así nos miran con dolor inmenso?
Yo destrabé los espinosos tallos
Que á tus alas sirvieron de cadenas;
Ya puedes libremente abandonallos
Y en las alturas olvidar tus penas.

Vuelve á fijar tu lánguida mirada
En las aves tus únicas amigas,
Como ayer en la atmósfera azulada
El vario curso de su vuelo sigas.

Gozosas parten sin llorar el nido,
Que en aquestos aleros fabricaron;
Porque otras casas y otro amor perdido
En el país á donde van dejaron.

¡No tienes otro amor? ¡En dónde anidas?
¡Por qué su ejemplo y libertad no igualas?
¡Ave de paso, que sintió prendidas
En los espinos al volar sus alas!

III

Casita, que no ha mucho placentera
Te ocultabas del bosque en el seguro,
Encendiste de amor la dulce hoguera,
Y pronto ennegreció tu blanco muro.
Las lenguas de su fuego te lamían
Y los techos gimiendo se abrasaron,
Y los aleros, que tu amor cubrían,
En pavesas los vientos disiparon.

Desilusión, de todo mal compendio,
Copos de nieve sobre ti derrama;
Y ¡última brasa de extinguido incendio
Aun alza el corazón su triste llama?

IV

Cuando señala, orillas de un camino,
Dónde un hombre murió la cruz bendita;
Detiéndose á rezar el peregrino
Y en recuerdo una piedra deposita.

Pues, cierta cruz existe abandonada
De tu camino á la siniestra vera,
Que dice con su sombra descarnada
Donde mataron tu ilusión primera.

Nadie se acuerda ya, nadie lo sabe;
Y ante ella me detengo condolido,
Y ruego á Dios, si en su clemencia cabe,
Te dé á beber las aguas del olvido.

EL «ANGELUS.»

Ya sus vislumbres últimos el día
En la sombra disuelve, en la pradera
Los ecos de la turba jornalera,
Que entre canciones al hogar volvía.

Busca el ave su nido, su alquería
El hato y el pastor; la vocinglera
Selva calla: y del campo se apodera
Inefable y gentil melancolía.

El vago olor del campo solitario,
Que como incienso flota en el ambiente,
La luz que muere, la callada sombra,

Las voces del remoto campanario,
Los recuerdos que acuden á la mente,
Oh Dios, mi eterno fin, todo te nombra.

AVE MARIS STELLA.

¡Qué negro el cielo, el mar qué enfurecido!
Se quejan de mi nave las cuadernas;
Y estallan con horrisono estampido
En sus muras ¡oh Dios! olas eternas.

No hay más luz que relámpagos siniestros
En las siniestras aguas reflejados,
Y á cada instante alguno de los nuestros
Se pierde en los abismos ignorados.

¡Qué de huecos dejaron! ¡Qué vacío
Se siente el corazón! ¡Podrá mi esquiife
Las ondas alcanzar del puerto mío
Tras de salvar el último arrecife?

¡Perecerá tal vez el que levanta
A tí su ruego y en la prora fría
Fija la vista en tí, tus glorias canta,
Estrella de la mar; Virgen María?

EL MARTIRIO.

I

De la aurora la mano refulgente
Allá en los japoneses horizontes,
En ancha herida desgarró el Oriente,
Y la sangre del sol tiñó la frente
De los opuestos y erizados montes.

Era día de sangre. En la colina,
Que en el dintel de Nangasaki avanza
Hacia la costa de la mar vecina,
La multitud se agolpa, se abalanza
Y en viviente cordón se arremolina.

¡Qué busca en ese sitio? ¡Qué portento
Nunca mirado su atención atrae?
De las trompetas al marcial acento
Filas de tropa por el flanco ascienden,
Que al arrabal de Nangasaki cae,
Y en vano al pueblo contener pretenden.
Un grupo en medio de hombres misteriosos
De tosea ropa de sayal vestidos,
Marcha, dejando en rastros amorosos
La noble sangre de sus pies heridos.

Son los héroes, son los que vinieron,
Hombres á la verdad extraordinarios;
Los que en Meaco y en Osaka dieron
Al pueblo el corazón hospitalarios.

El regocijo en sus semblantes brilla,
Arde en sus ojos con fulgor de gloria
La eterna llama de su fé sencilla;
Bíblicos himnos, voces de victoria
La fuente pura de sus labios vierte,
Y entre amantes coloquios y sonrisa
Parecen ir con entusiasta prisa
Al festín de algún rey y no á la muerte.

Al rededor de la falange bella,
Que, buscando sus cruces adoradas,
Con señales de júbilo destella,
De los fieros verdugos las espadas,
Heridas por el sol, tristes reflejos
De ira impotente lanzan á lo lejos.

II

Llegaron al lugar: con firme planta
El escuadrón de mártires dejando,
Un joven animoso se adelanta,
El dulce leño en que morir buscando.
Rutilan en su rostro macilento,
A pesar de las rudas penitencias,
Las rosas del Anáhuac nacaradas.
Prestaron bondadosas á su aliento
Las flores del Empíreo sus esencias,
Y el cielo se retrata en sus miradas.

Es él, Felipe, el mártir mexicano,
Honor del suelo que nacer nos viera,
Arbol frondoso del pensil cristiano,

Que busca ya su amante compañera,
Su amada cruz, y con afán tendiendo
Sus brazos al suplicio que le espera,
Así, de hinojos, prorrumpió diciendo:
“¡Oh cruz, oh madre que en el alma adoro,
“En cuyos brazos expiró triunfando
“Jesús, mi santo ejemplo y mi tesoro!
“Yo te saludo, signo venerando
“De alianza entre los cielos y la tierra,
“Mi prenda cara, mi pendón de guerra,
“A cuya sombra caminé luchando;
“Lazo de amor, que con estrecho nudo
“Al soberano Bien vas á ligarme,
“Puerta que franquearme
“Ya puedes el Edén, yo te saludo.
“Vencido Galeón, feliz navío
“En que del mar burlando las desgracias,
“Pensé tornar á mi país natío;
“Bendecido bajel, gracias, mil gracias.
“Nave que Dios, en la tormenta envuelto,
“Quiso guiar á la gentil ribera,
“De negra espuma en el turbión revuelto;
“Al confiarme á tí, rauda velera,
“Fuerte en en el mar, en los combates clara,
“No creí que tu seno me arrojara
“Al puerto de la patria verdadera.
“Ven á mis brazos ya, dulce bien mío,
“Que pronto en sangre lucirás bañada,
“Y yo en los tuyos reposar confío.”
Y oprimía su cruz tan deseada
Como oprime tal vez mano guerrera,
Con emoción, el puño de su espada
O el asta de su intrépida bandera.
Y pronto los esbirros le tomaron,

Y á entrambos brazos de la cruz tendiendo
 Sus manos y sus pies, los ajustaron,
 Y las férreas argollas retorciendo,
 Manos y pies y cuello le ligaron,
 Y ya en su trono al vencedor teniendo,
 Que en su carro de triunfo se reclina,
 La cruz levantan, que, su bien sintiendo,
 Ya bajo el peso del varón rechina.

III

Luego en el dorso de la cumbre amena
 Una selva de cruces descollaba,
 De humanos frutos en sus ramas llena,
 Y en vez de un *ay* de insoportable pena,
 Un murmullo de amor se levantaba.

Junto á Felipe, que en el centro izado
 De los mártires era el estandarte,
 Hacia su patria, el Cielo, desplegado,
 La triunfadora hueste bendecía
 Al Dios benigno, que su gloria imparte
 A sus fieles amigos todavía.
 La muchedumbre atónita veía
 A dos niños también, que puras luces
 De nuevos lauros y de timbres nuevos
 A la Fe daban en sus altas Cruces;
 Del árbol de la fe prontos renuevos,
 Inocentes en flor, lirios del campo,
 Con quienes no luchaban en blancura
 Ni la alta espuma de la fuente pura
 Ni la azucena, ni de nieve el ampo.

Ante aquel espectáculo sublime,
 Enfrente de esos hombres sobrehumanos,

El pueblo todo se conturba y gime
 Los gentiles al par de los cristianos,
 Y el mismo jefe de la hueste impía
 El llanto de sus ojos escondía.

Felipe en tanto de su cuerpo al peso,
 En el saliente estribo mal seguro
 Halla sostén apenas; y por eso
 En su carne se hinca el hierro duro
 De las ajorcaas, y en su blando cuello
 La negra mano de la asfixia siente.
 Levanta amoratado el rostro bello,
 Y entre las ansias del dolor presente,
 ¡¡*Jesús!!* ¡¡*Jesús!!* su grito de batalla
 En la garganta comprimida estalla.

Le vieron los verdugos japoneses
 En trance tal, y á compasión movidos,
 Las picas alzan, y con dos reverses
 Los costados le hieren; dos gemidos
 Levantan dulces al Señor su vuelo;
 Los cabos de las lanzas apararon
 De púrpura sagrada un arroyuelo,
 Y sobre la clavícula brotaron
 Entrambas puntas, señalando al cielo.

Sube otra lanza, y por el pecho entrando,
 Y el amoroso corazón buscando,
 De su dolor los ímpetus redobla;
 Crece un instante su mortal fatiga,
 Y...dobló su cabeza, cual se dobla
 Sobre la hoz del segador, la espiga.

IV

Angeles del Señor, los que mirasteis
 Del sacrificio el fin, los que le amasteis,

Venid, rozgando las azules ondas
 Del éter puro, y rodeando prestos
 Del ya muerto Adalid los caros restos,
 Que le acaricien vuestras alas blondas.
 En torno de su faz blanca y dormida
 Piadosos componed sus bucles de oro,
 Con perfumes ungid, lavada en lloro,
 De su albo cuello la profunda herida,
 Derramad sobre él á manos llenas
 Lirios y rosas, mirto y azucenas;
 Y á sus sienes prestad, pues fué glorioso,

Cuando este día alumbre, agonizando,
 Bajo una cruz la mexicana gloria,
 Los vientos en voz baja murmurando
 Irán los hechos de su noble historia;
 Y en torno de él los ángeles llorando
 Estarán con las alas recogidas,
 Pues fué su confidente y su embeleso,
 Y bañarán su frente
 Las ráfagas del sol descoloridas.
 De la tarde, que muere, último beso.

Mas no, lejos dolor, no cabe el duelo;
 Su triunfo celebrad con alborozo,
 Angeles del amor, y alzando el vuelo,
 Llevad á Cristo en cofrecillos de oro
 De su sangre los nítidos rubíes,
 Sartas de perlas de su sacro lloro,
 De su virtud cestillos de alhelíes.

Y tú, Jesús, que pones tus delicias
 En la conquista de la humana gente,
 De Nueva España acepta las primicias;
 No ha caído en el surco inútilmente
 De tu Sangre bendita la simiente;
 Y si basta, Señor, la sangre aquella,

Que derramada en Nangasaki un día
 De mi patria en la frente aún destella,
 A ser del porvenir la garantía,
 Vuelve, Jesús, tu faz consoladora
 Al país de Felipe; y en su seno
 Mira á la ardiente juventud de ahora
 (Antes plantío de ángeles gallardos),
 Que pisotea sin pudor, sin freno,
 De la intangible castidad los nardos,
 Y que se ahoga en piélagos de cieno.
 Escucha ¡oh Rey! levanta la cabeza
 Adornada de triunfos soberanos,
 Y por la sangre de Felipe danos
 Que no se ofusque el sol de la pureza.

